

BENEDICT ANDERSON

EL HUEVO DEL GALLO. UN PIONERO DEL FOLCLORE MUNDIAL EN FILIPINAS

En 1887, en la Exposición filipina en Madrid, un indio de veintitrés años llamado Isabelo de los Reyes, residente en la Manila colonial, obtuvo una medalla de plata por un extenso manuscrito en español que tituló *El Folk-Lore Filipino*. Compuso este texto en involuntaria unión con José Rizal (que tenía entonces veinticinco años), quien viajaba por la Europa continental escribiendo la incendiaria novela *Noli me tangere*, la cual le valió el martirio en 1896 y, más tarde, la categoría eterna de padre de la patria y primer filipino.

¿Quién fue Isabelo? Nació en 1864 en la ciudad arzobispal de Vigan, al norte de Luzón, de padres pertenecientes al grupo étnico de los ilocanos, la mayoría de los cuales eran en aquellos días analfabetos. Su madre, sin embargo, era evidentemente una poeta de cierta calidad, de forma que en la exposición de Madrid y en otras posteriores su poesía se presentó a los españoles, los parisinos y los habitantes de San Luis. Este logro no salvó su matrimonio, y el joven Isabelo fue confiado a un pariente rico que lo envió a un seminario de Vigan, donde organizó una manifestación contra el comportamiento abusivo de los agustinos españoles; después, al colegio de San Juan de Letrán y, finalmente, obtuvo el título de notario en la única universidad colonial que existía entonces en el sureste asiático, la de Santo Tomás de Manila, perteneciente a los dominicos. Mientras tanto el padre de Isabelo había muerto, y el joven se sumergió en el floreciente mundo del periodismo. Se dice que al final publicó, en 1889, el primer periódico en una lengua vernácula filipina.

Pero, cuando todavía era adolescente, Isabelo leyó un llamamiento en un periódico de Manila publicado en español, *La Oceanía Española* (fundado en 1887), en el que se solicitaba a los lectores que aportasen artículos para avanzar en una nueva ciencia, denominada el *folk-lore*, seguido de un sencillo esquema sobre cómo se debía hacer esto. Inmediatamente se puso en contacto con el director español, quien le dio una colección de «libros de folclore», y le pidió que escribiese sobre las costumbres de los ilocos. Dos meses más tarde, Isabelo comenzó su trabajo, y poco después comenzó a publicar, no

sólo sobre los ilocos, sino también sobre la ciudad natal de su esposa, Malabon, en la provincia de Zambales, Luzón central, y en términos generales sobre lo que él denominó *el folk-lore filipino*. Se convirtió, durante un tiempo, en la pasión de su vida. La cuestión, naturalmente, es por qué. ¿Cuál era el significado de *el folk-lore* para un joven nativo, que había recibido educación religiosa, en 1884? Se puede obtener mucha información en la Introducción y en las primeras páginas de esta obra maestra de juventud¹.

La nueva ciencia

Isabelo describió aquí el *folk-lore*, si bien con ciertas dudas, como una *ciencia nueva*, quizá haciéndose conscientemente eco de la *Sienza Nueva* de Giambattista Vico, que había irrumpido en la escena transeuropea a mediados del siglo XIX, gracias a los esfuerzos de Michelet y otros. Isabelo explicó a sus lectores, tanto en Filipinas como en España, que la palabra *folclore*—que él tradujo acremente como *saber popular*— la había inventado tan solo en 1846 el anticuario inglés William Thoms, en un artículo publicado en el *Athenaeum* de Londres. La primera sociedad de folclore del mundo se había organizado en Londres apenas en 1878; únicamente seis años antes de que Isabelo comenzase su propia investigación². Le siguió la francesa ya en 1886, cuando Isabelo comenzaba a escribir. A los españoles los había cogido intelectualmente adormecidos; cuando llegó su turno adaptaron sin pensárselo dos veces el término inglés al castellano como *el folk-lore*. Como su contemporáneo Rizal, Isabelo se situaba al lado del pionero Reino Unido, por delante de la lenta metrópolis colonial. Era como un rápido *surfista* en la cresta de la ola del avance mundial de la ciencia, algo nunca antes imaginable para un nativo de lo que él mismo denominaba esta «remota colonia española en la que la luz de la civilización brilla sólo tenuemente»³. Esta postura la reafirmó de diversas formas instructivas.

Por una parte, se apresuró a mencionar en su Introducción que parte de su investigación había sido traducida ya al alemán —entonces *el idioma* del pensamiento erudito avanzado— y publicada en periódicos (*Ausland* y *Globus*) que, afirmaba, eran los principales órganos europeos en este campo. *El Folk-Lore Filipino* analizaba también con diplomacia las opiniones de importantes contemporáneos anglosajones sobre el *status* de la *ciencia nueva*, sugiriendo así amablemente que eran más serias que las de los *folkloristas* españoles peninsulares. También debe de haberle divertido comentar que «sir George Fox» había incurrido en un error conceptual al confundir folclore con mitología, y algunos contemporáneos castellanos al trabucar mitología y teogonía⁴.

¹ De aquí en adelante las referencias se harán principalmente al texto original, publicado en Manila en 1889 por el editor Tipo-Litografía de Chofré y C. Cuando sea pertinente, se harán comparaciones con una reimpresión reciente combinada con una traducción al inglés realizada por Salud C. Dizon y María Elinora P. Imson, Quezon City, 1994, a las que se hará referencia abreviada como Dizon-Imson. Esta nueva versión, un esfuerzo valioso en muchos aspectos, está, sin embargo, aquejada de cientos de errores de traducción, y algunos errores en la transcripción española.

² *El Folk-Lore Filipino* (en adelante *EFF*), p. 8

³ *Ibid.*, p. 19.

⁴ Dizon-Imson, p. 30.

Por otra parte, la novedad de esta *ciencia* tenía un especial aspecto colonial que él no dudó en subrayar. Dedicó su libro a *los folk-loristas españoles de la Península, que me han dispensado toda clase de atenciones*. Su introducción hablaba cálidamente de los «colegas» de España –los directores de *El Folk-Lore Español* y del *Boletín de la Enseñanza Libre de Madrid* en la capital imperial, y del *Boletín Folklórico* de Sevilla– quienes lo habían mantenido al día sobre la investigación realizada en la península que corría paralela a su propio trabajo sobre *El Folk-Lore Filipino*.

La peninsularidad, por así decir, de estos colegas se subrayaba con regularidad, así como la peninsularidad de su investigación. Sin decirlo de forma explícita, Isabelo insinuaba (correctamente) que ningún español colonial o criollo estaba haciendo nada comparable en Filipinas. Esto, por supuesto, le permitía situarse como un pionero científico de la nueva ciencia, muy a la cabeza de los señores coloniales. Para explicar esta situación peculiar, Isabelo recurrió a un ingenioso artificio, ciertamente necesario, dado el carácter violento y reaccionario del régimen colonial del momento, dominado por la clerecía. Describió una serie de distinguidos intercambios en la prensa de Manila con un doctor en medicina y literato aficionado, de tendencia liberal (casi ciertamente peninsular), que había colaborado en los periódicos locales bajo el seudónimo de Astoll⁵. Este sistema le permitió citar al peninsular como admirador del coraje y la imaginación de Isabelo, pero con un profundo pesimismo sobre las posibilidades de su éxito, en vista de la abrumadora indiferencia, indolencia y estupor mental reinantes en la colonia. «Aquí lo único que crece con exuberancia son el *camgón* y el *molave* –dos tenaces malas hierbas locales⁶. Y cuando Astoll finalmente rompió desesperado su intercambio, Isabelo, que había planteado indirectamente la pregunta de por qué «ciertas corporaciones» (haciendo referencia a las órdenes religiosas) no habían contribuido en absoluto, comentó que en esas circunstancias «la prudencia no le podía haber dictado otra cosa». Isabelo se consideró entonces como la persona que introduce la luz de la Europa moderna a la oscuridad mental del régimen colonial.

La novedad, sin embargo, tenía todavía otro aspecto en *El Folk-Lore Filipino*, y éste estaba relacionado con la idea de *ciencia*. La Introducción contiene un análisis muy interesante sobre el debate más amplio entre los científicos acerca de la categoría de los estudios del folclore. Isabelo disfrutaba señalando que una facción de los *folcloristas* peninsulares estaban tan impacientes por convertir el *folk-lore* en una ciencia teórica que pronto no se podrían entender entre sí; abría de esta manera el camino a una discusión internacional muy necesaria, en la que los anglosajones parecían más modestos y prácticos. En el otro extremo se encontraban aquellos folcloristas españoles que eran meros coleccionistas sentimentales de costumbres y concepciones a punto de desaparecer, para algún futuro museo sobre el pasado.

Isabelo dejó clara su opinión acerca del objetivo del folclore, y cuál era en su opinión el valor social del mismo. En primer lugar, ofrecía la oportunidad de reconstruir el pasado indígena, lo que en Filipinas era imposible de realizar con

⁵ Isabelo lo identificó como José Lacalle y Sánchez, profesor de Medicina en la Universidad de Manila (Sto. Tomás), *EFF*, p. 13.

⁶ *EFF*, p. 14.

cualquier otro medio, dada la ausencia de monumentos, inscripciones o, en realidad, de registros escritos prehispánicos. (Cuando Rizal intentó hacer lo mismo poco después, no vio otra forma de proceder que leer entre líneas en los mejores escritos de los primeros administradores españoles.) Una investigación sería sobre las costumbres, creencias, supersticiones, refranes, trabalenguas, conjuros, etc., arrojaría luz sobre lo que él denominaba la «religión primitiva» del pasado prehispánico. Pero —y aquí se distinguía netamente de los *costumbristas* aficionados— también subrayaba la importancia de las comparaciones. Confesó que antes de terminar esta investigación, había creído firmemente, debido a sus diferentes idiomas, fisionomías, conducta, etc., que los vecinos tagalos y los ilocanos eran *razas distintas*. Pero la comparación le había demostrado que estaba equivocado y que las dos etnias derivaban de forma clara de un origen común. El título, *El Folk-Lore Filipino*, daba a entender que una investigación más amplia demostraría que todos los habitantes indígenas del archipiélago tenían un origen común, con independencia de los idiomas que hablasen ahora o de la diferencia de costumbres y religiones que tuviesen en ese momento. Todo esto significaba que en contra de los historiadores oficiales de la colonia, que comenzaban sus narraciones con la conquista del siglo xvi, la historia real del archipiélago y de su *pueblo/pueblos* (aquí dudaba a menudo) se retrotraía mucho más en el tiempo, y no se podía ceñir a la época colonial.

Riquezas del conocimiento popular

Por otra parte —y aquí Isabelo hizo un movimiento que lo distanció radicalmente de sus colegas peninsulares—, la nueva ciencia no podía y no debía confinarse a excavaciones sentimentales de lo pintoresco. *El Folk-Lore Filipino* es sobre todo el estudio de lo contemporáneo, en especial de lo que él denominó *el saber popular*. Este *saber* hacía referencia al verdadero conocimiento, no a la tradición [*lore*], con sus connotaciones de desfasado y anticuado. Isabelo ofreció el ejemplo hipotético de un *selvaje* de los bosques cercanos a su región natal del sur de Ilocos que podría, cualquier día (accidentalmente, decía Isabelo), descubrir que cierta fruta local proporcionaba un mejor antídoto contra el virus del cólera que el fabricado en ese momento a instancias del Dr. Ferrán, un científico médico español⁷. El marco de tales afirmaciones era la ausencia de un conocimiento científico serio sobre casi todo lo referente a Filipinas. La recopilación *Flora de Filipinas*, publicada recientemente por los agustinos, distaba mucho de ser completa⁸. Los indígenas tenían un conocimiento mucho más profundo de las plantas medicinales, de la flora y la fauna, de los suelos y las variaciones climáticas que los colonialistas, y esta enorme reserva de conocimientos, contenida en el *saber popular*, era todavía desconocida para el mundo. Filipinas aparecía así, no sólo como una región que contenía una masa de elementos exóticos desconocidos para los europeos, sino también el emplazamiento de una significativa contribución futura a la humanidad derivada del saber del pueblo, de sus propios idiomas, del que los españoles no tenían idea. Era exactamente la falta de conocimientos sobre

⁷ Dizon-Imson, p. 24.

⁸ *Ibid.*, p. II. Los editores afirman que el libro, una compilación realizada por varios autores y editada por fray Andrés Naves, fue publicada en Manila en 1877 por Plana y C.

Filipinas la que daba a su folclore un carácter futuro que estaba necesariamente ausente en el folclore de la España peninsular. Era también, sin embargo, la especificidad viviente de Filipinas la que le permitía ofrecer algo, paralelo e igual a lo de cualquier otro *país*, a la humanidad. Ésta es la lógica que mucho más tarde haría posible y plausible la Organización de Naciones Unidas.

Hasta el momento, todo claro. Demasiado claro, de hecho. Porque el texto de Isabelo, bajo la brillante luminosidad de sus temas principales, tampoco carece de oscuras complicaciones. Podríamos meditar sobre ellas bajo tres apartados.

En primer lugar, ¿qué era Isabelo para sí mismo? Para comenzar, es necesario subrayar la ambigüedad del término *filipino* en español. En la época de Isabelo este adjetivo tenía dos significados diferentes en el habla común: 1) perteneciente, situado u originario de las Islas Filipinas; 2) criollo, del grupo social nacido en Filipinas, pero «español puro». Lo que no significaba es lo que hoy en día significa filipino, una etnia nacional indígena. Se puede ver cuánto han cambiado las cosas a lo largo del siglo pasado comparando sólo una frase de la Introducción de Isabelo con su reciente traducción al inglés americano de dos estudiosos filipinos. Isabelo escribió: «Para recoger del saco roto la organización del Folk-Lore regional filipino, juzgué oportuno contestar al revistero del Comercio y, aprovechando su indirecta, aparenté sostener que en Filipinas había personas ilustradas y estudiosas que pudieran acometer la empresa»⁹.

La traducción publicada —completamente anacrónica— reza: «I tried to defend the establishment of Filipino Folklore by answering the accusation of the columnist of *El Comercio*, by bravely stating that there are indeed Filipino scholars ready and capable of undertaking the task»¹⁰. Mientras que Isabelo estaba pensando en una especie de folclore global que incluyese la porción regional de las islas Filipinas, y hablaba de personas ilustradas de Filipinas —sin especificar etnia, los traductores han omitido el adjetivo «regional» para crear un folclore de los filipinos, y «personas ilustradas» para imaginar unos «estudiosos filipinos»—.

Los hermanos selváticos

En *El Folk-Lore* Isabelo nunca se describió como filipino, porque el uso moderno no existía realmente en su época. Además, los filipinos eran exactamente lo que él no era: criollos. Si se describía a sí mismo de otras maneras: a veces, por ejemplo, como indígena (pero nunca con el término despectivo de «indio»), y a veces como ilocano. En un párrafo notable escribió: «Y hablando de patriotismo, ¿acaso no se ha dicho varias veces en periódicos que para mí sólo son buenos Ilocos y los ilocanos? [...] Cada uno sirva a su pueblo según su manera de pensar, y yo con el *Folk-Lore ilocano* creo contribuir á esclarecer el pasado

⁹ *EFF*, p. 13.

¹⁰ Dizon-Imson, p. 13 [la traducción de nuevo al español sería: «Intenté defender el establecimiento del folclore filipino contestando a la acusación del columnista de *El Comercio*, afirmando valientemente que hay de hecho eruditos filipinos dispuestos y capaces de acometer la empresa»].

del mío». En otras partes, sin embargo, insistía en que su objetividad había sido tan estricta que «he sacrificado a la ciencia el cariño de los ilocanos, pues que se quejan de que he sacado a relucir sus prácticas no muy buenas». Por suerte, sin embargo, «he de advertirles que he recibido entusiastas plácemes de varios sábios de Europa, cuales dicen que con el *Folk-Lore ilocano*, dejando a un lado patriotismo mal entendido, he prestado señalado servicio á Ilocos, mi patria adorada, pues con él he dado materiales abundantes á los doctos para que puedan estudiar su prehistoria y otros problemas científicos, referentes á aquella provincia»¹¹.

Rizal comenzó su enfurecida novela, *Noli me tangere*, con un celebrado prefacio dirigido a su madre patria, que incluía estas palabras: «Deseando tu salud que es la nuestra, y esperando el mejor tratamiento, haré contigo lo que con sus enfermos los antiguos: exponíanlos en las gradas del templo, para que cada persona que viniese a invocar a la Divinidad le propusiese un remedio», y en el último poema que escribió antes de su ejecución, en 1896, habló también de su patria adorada. ¿Pero era la de Isabelo?

Hay una hermosa frase en la Introducción a *El Folk-Lore Filipino* en la que Isabelo se describía a sí mismo como *hermano de los selváticos, aetas, igorrotes y tinguianes*. Estos pueblos supuestamente primitivos, la mayoría de ellos paganos antes de que amaneciese el siglo xx, y muchos nunca subyugados por el régimen colonial español, vivían y viven en la elevada cordillera que flanquea la estrecha llanura costeña de Ilocos. En su niñez Isabelo debió de verlos bajar de la selva con su «extravagante vestimenta» a intercambiar sus productos por mercancías de la llanura. Todavía hoy, en la Gran Cordillera se habla una forma de ilocano como lengua franca. Ningún otro en tiempos de Isabelo, y ciertamente nadie que se considerase *ilustrado*, habría hablado en tales términos de estos habitantes de la selva que parecían, en su indómita fortaleza, enormemente remotos para cualquier habitante urbano, hispanizado, católico o de cualquier ambiente deísta. (E Isabelo nunca habló de ningún otro grupo de Las Filipinas como sus *hermanos*.)

Aquí uno se da cuenta de que era posible que él considerase a su provincia como un gran *pueblo* y como una *patria adorada*, dado que de la forma más concreta vinculaba como hermanos a los paganos «salvajes» de las montañas con un hombre que obtenía premios en Madrid. Aquí también se detecta una razón subyacente por la que, en sus esfuerzos protonacionalistas, Isabelo se decidió por el folclore, más que por la novela o el periodismo. El folclore –folclore comparativo– le permitía establecer un puente sobre la más profunda sima de la sociedad colonial, que no se encontraba entre colonizados y colonizadores: todos ellos vivían en las llanuras, todos eran católicos, y se trataban todo el tiempo. Era el abismo entre todos estos y aquellos a quienes hoy denominaríamos «minorías tribales»: habitantes de las montañas, cazadores y recolectores, «cazadores de cabezas»; hombres, mujeres y niños enfrentados a un futuro –posiblemente violento– de asimilación, incluso de exterminio. A partir de *el folk-lore*, hijo de William Thoms, emergió, por tanto, una hermandad nueva y extraña, y un padre/madre patria adorada para el joven Isabelo.

¹¹ *EFF*, pp. 17, 18.

Extrañas bellezas

¿Cuáles eran los propósitos más profundos del trabajo del folclorista en las islas Filipinas? Aparte de sus potenciales contribuciones a las ciencias modernas y a la reconstrucción del carácter del «hombre primitivo», podemos detectar tres con claro carácter político. En primer lugar, está la posibilidad –la esperanza– de un renacimiento cultural. Con cierta prudencia taimada, en este aspecto Isabelo permitió que fuese Astoll quien hablase en su nombre:

Además, en el *Folk-Lore* podría quizá tener origen la poesía filipina; es decir, la poesía inspirada en asuntos filipinos, y nacida en la mente de vates filipinos. Y aquí oiga ya, Sr. de los Reyes, las burlonas carcajadas de alguno de esos *faroles*, que tanta gracia le han hecho a usted. Pero déjelos que se rían, porque esos mismos se reían también de otras manifestaciones del ingenio de este pueblo, y luego bajaron la cabeza, confundidos ante los laureles de Luna y Resurrección. Y no hay que dudarlo, en las tradiciones populares del país brotará algún día la fuente de la inspiración, si esas tradiciones llegan a ser de dominio público. En esas tradiciones y en esas prácticas supersticiosas, que Vd. va dando a conocer podrán inspirarse algún día vates insignes, amantes entusiastas de las peregrinas bellezas de este rico vergel¹².

En otro lugar Isabelo cita de nuevo a Astoll: «Y si sus trabajos e investigaciones (los del *Folk-Lore*) hacen relación con pueblos como el filipino donde el carácter de los naturales ha sido retratado únicamente por brochas de torpes enjalbegadores, compréndese bien cuanto habría de ser el provecho que de esa institución podría obtenerse». Aquí la obra de Isabelo, impresa en Manila, podía inaugurar la posibilidad de un gran florecimiento del talento literario y poético para los *naturales*, un talento ante el que groseros peninsulares y criollos tendrían que bajar la cabeza confusos. Ésta es la esperanza y la estrategia normal de los nacionalistas anticoloniales: «equipararse» al poder imperial.

Creencias ridículas

El segundo tema sería subvertir la dominación de la reaccionaria Iglesia de la colonia, expuesto en un capítulo maravillosamente inexpresivo titulado «De las supersticiones ilocanas que se han de hallar en Europa». Comienza de esta guisa:

Aprovechando los materiales folk-lóricos recogidos en Andalucía por D. Alejandro Guichot y D. Luis Montoto, en Madrid por D. Eugenio de Olavarría y Huarte, en Cataluña por D. José Pérez Ballesteros, en Asturias por D. Luis Giner Arivau, en Portugal por Consiglieri Pedroso, en su *Tradições populares portuguesas*, y otros autores, he formado la siguiente lista de supersticiones, que supongo hayan introducido los españoles en los pasados siglos, lo que no sería extraño, puesto que en los primeros días de la dominación española, estaban en boga en la Península las creencias más absurdas¹³.

¹² EFF, p. 15.

¹³ EFF, p. 74. En sucesivas notas a pie de página, Isabelo da los títulos de las obras de estos

Maliciosamente, la lista comienza:

Los gallos en llegando a viejo, o estando siete años en alguna casa ponen un huevo del que nace cierto lagarto verde que mata al dueño de la casa; o una serpiente que si mira primero al dueño, éste morira: pero si se adelanta en mirarla, ella es la que fina, según los portugueses y franceses. Del huevo nace el basilisco, según los italianos e ingleses, y también en el centro de Europa. El P. Feijóo dice que «es verdad que el gallo, en su última vejez, pone un huevo». Los gallegos e ilocanos están acordes en que es un escorpión el contenido del huevo¹⁴.

Otros ejemplos irresistibles son los siguientes: «Para que las visitas no se prolonguen mucho, los ilocanos ponen sal en sus sillas (las de las visitas). Los españoles colocan una escoba puesta verticalmente, detrás de la puerta: los portugueses un zapato o banco en el mismo sitio, o echan sal á la lumbré». «En Castilla como en Ilocos, se tiran los dientes caidos al tejado, para que nazcan otros.» «Cuando el gato se lava la cara, anuncia lluvia, según los gallegos, y al decir de los ilocanos, llueve, si bañamos a dicho animal.» «Es señal de viento correr mucho los gatos, dicen los gallegos, y los filipinos sustituyen por dichos animales a las cucarachas.» Finalmente: «Dormir con la cabecera al Este es malo para los ilocanos. Para los peninsulares (españoles y portugueses) es bueno. El Sur es mala cabecera, para ambos: peninsulares e ilocanos».

Se puede comprender por qué Isabelo sentía un *singular placer* dedicando su libro a folcloristas peninsulares, dado que ellos le habían ofrecido a él materiales científicos que demostraban las «creencias ridículas» de los conquistadores y probaban que, si los colonialistas veían con desprecio las supersticiones ilocanas, deberían reconocer muchas de ellas como importaciones de las suyas propias: cualquier rareza de las creencias populares ilocanas tenía fáciles análogos en las rarezas de la península ibérica, Italia, Europa central e incluso Inglaterra.

El tercer tema es una autocrítica política. Isabelo escribió que estaba intentando demostrar, a través de su exposición sistemática del *saber popular*, aquellas reformas que deben emprenderse de las ideas y prácticas diarias del *pueblo* con un espíritu de autocrítica. Habló de que su obra trataba de «algo más serio que el ridiculizar a mis paisanos, que ya sabrán corregirse, después de verse retratados». Bajo esta luz el folclore sería un espejo que se mantiene ante la gente de forma que *en el futuro* puedan avanzar por la gran senda del progreso humano. Está claro, entonces, que Isabelo estaba escribiendo para un público y medio: los españoles, cuyo idioma utilizaba, y su propio *pueblo*, cuyo idioma no utilizaba, y del cual sólo una pequeña minoría podía leer su obra.

autores: *El Folk-Lore Andaluz; Costumbres populares andaluzas; El Folk-Lore de Madrid; Folk-Lore Gallego; Folk-Lore de Asturias*. También menciona incidentalmente una obra propia anterior, descrita como un *largo juguete literario* y titulada *El Diablo en Filipinas, según rezan nuestras crónicas*.

¹⁴ EFF, p. 75. Las fuentes dadas son: la obra citada con anterioridad de Pedroso; *Faune populaire de la France*, de Rolland, *Credenze ed usi popolari siciliani*, de Castelli; *Notes on the Folk-Lore of the North-East Scotland* [sic], de V. Gregor; y el *Grande dictionnaire encyclopédique du XIX siècle*, de Larousse.

¿Dónde se situaba Isabelo al emprender esta tarea? En esta coyuntura tal vez estemos llegando a la parte más interesante de nuestra pesquisa. Durante la mayoría de los cientos de páginas de este libro, Isabelo se expresaba como si no fuese ilocano, o, al menos, como si viese a su gente desde fuera. A los ilocanos se hace referencia casi siempre como «ellos», no como «nosotros». Por ejemplo: «Es creencia entre los ilocanos que el fuego producido por el rayo y por la centella, no se puede apagar con agua, sino con vinagre». Mejor aún: «Los ilocanos no pueden darnos perfecta idea acerca de la naturaleza de los *mangmangkik*, y dicen que no son demonios, asegún la idea que los católicos tienen de los demonios»¹⁵. Aquí Isabelo se situó en las filas de los especialistas en folclore mundial, mirando de arriba abajo a «los ilocanos», y distinguiendo sin apasionamiento sus supersticiones de las credulidades paralelas de «los católicos».

Al mismo tiempo hay una serie de pasajes con una tonalidad bastante diferente. Al comienzo de la exposición de sus resultados de investigación, Isabelo escribió:

Los ilocanos (en particular los de Ilocos Norte) al principiar á cortar árboles en los montes, entonan los siguientes versos:

Barí, barí!
Ta pumukan kamí
Iti pabakirda kamí

Cuya traducción literal es la siguiente: *barí-barí* (interjección ilocana que no tiene equivalente en castellano) no te incomodes, compadre, porque cortamos lo que nos mandan.

Aquí Isabelo se sitúa firmemente dentro del mundo ilocano. Sabe lo que significan las palabras en ilocano, pero sus lectores no: para ellos (y con ellos se refiere, no sólo a españoles, sino también a europeos, así como a nativos no ilocanos del archipiélago) esta experiencia está vedada. Pero Isabelo es un hombre amable y científico, que desea contar a los extraños algo de su mundo; y sin embargo, no procede con una suave paráfrasis. El lector se encuentra frente a una erupción del incomprensible ilocano antes de que se le ofrezca una traducción. Más aún, algo se retiene, en las palabras *barí-barí*, para las que el español no tiene equivalente. Lo intraducible, nada menos; y quizá, más allá, lo incommensurable.

Isabelo sospechaba, estoy seguro, que su español no era en absoluto perfecto, y que quizá se riesen de él los «torpes enjalbegadores» y los «faroles» de Astoll. Probablemente, también era consciente de que la particular metodología folclorista que utilizaba podría no ser demasiado sistemática, y quizá pronto sería reemplazada, con el avance de la ciencia en su gran progreso mundial. Pero él tenía el *barí-barí* en particular, y el ilocano en general, seguros en su manga intelectual. En este campo nadie se le podía enfrentar. Sin embargo, necesitaba mostrar, o mostrar a medias, su triunfo. Ésta es la satisfacción de la broma: queridos lectores, aquí tienen el ilocano para que lo vean, pero sólo pueden ver lo que yo les permita ver; y hay algunas cosas que ustedes son en realidad incapaces de ver.

¹⁵ Dizon-Imson, *op. cit.*, p. 32.

Hay todavía una tercera postura, que complica de nuevo las cosas. En un capítulo sobre «Música, canciones y danzas», Isabelo escribió:

La letra es digna de conocerse. Se compone de estrofas de ocho versos, que se conciertan entre sí, según la rima especial de los ilocanos, que ya veremos lo que és, con el siguiente estribillo:

Dal-lang ayá daldal-lut

Dal-lang ayá dumidinal-lot

Lo transcribo, porque no sé traducirlo ni lo entiendo, á pesar de que soy ilocano; parece que no significa nada¹⁶.

Pero todavía «vale la pena conocerlo», porque es auténticamente ilocano, quizá incluso porque es inaccesible hasta para el frustrado autor bilingüe. Isabelo lo deja ahí. No hay conjeturas. Pero hay una indicación, en cualquier caso, de la enormidad del *saber popular*.

Hay, por tanto, tres situaciones que no encajan bien entre sí: fuera (*ellos no nos pueden dar una idea completa*); dentro (no hay equivalente español de *barí-barí*); y fuera/dentro (incluso aunque yo mismo soy ilocano, no entiendo este refrán en ilocano; pero esto lo estoy diciendo para «vosotros», no para «nosotros»).

¿Qué se puede decir a modo de conclusión? Yo propondría cuatro puntos.

1

Desde finales del siglo XVIII hasta entrado el siglo XX, los «estudios sobre el folclore», incluso aunque no se definiesen como tales, fueron una fuente fundamental para los movimientos nacionalistas. En Europa, en especial, proporcionaron un fuerte impulso en el desarrollo democratizador de las culturas nacionales vernáculas, y se expandieron desde la poesía y otras formas literarias a la música, la pintura y la danza. Se podría generalizar y decir que el impulso tuvo el efecto de asociar el lenguaje de los estudios sobre el folclore con el de un nacionalismo popular: los folcloristas noruegos escribían en «noruego moderno» (no en danés ni en sueco) para recuperar el *saber popular* noruego, los finlandeses escribían en finés, no en sueco ni en ruso; y este patrón tenía su paralelo en Bohemia, Hungría, Rumanía, etc. Incluso allí donde no se daba por completo este fenómeno –un ejemplo llamativo es el movimiento de recuperación irlandés, que funcionaba tanto en gaélico como en el inglés colonialmente impuesto, bien comprendido por la mayoría de los irlandeses–, el objetivo último era el «despertar» y la liberación nacionales.

A primera vista, el esfuerzo de Isabelo parece bastante diferente, porque escribía sobre todo para quienes no compartían su nacionalidad, en un idioma imperial comprendido quizá por el 3 por 100 de los indios de Filipinas, y quizá sólo por el 1 por 100 de sus compatriotas ilocanos. En Europa, los folcloristas escribían principalmente para sus *paisanos*, para mostrarles sus orígenes comunes y auténticos. Por contraste, el folclorista Isabelo escribía principalmente para el mundo moderno –Alemania, España, Inglaterra– para demostrar

¹⁶ *Ibid.*, pp. 258-259.

que los ilocanos y otros indios eran plenamente capaces de entrar en ese mundo y ansiaban entrar en él sobre la base de una contribución igual y autónoma.

2

El estudio de Isabelo también deslinda su país de las numerosas colonias vecinas del sureste asiático. En estas otras colonias, la mayoría de los clasificados informalmente como «estudios sobre el folclore» los llevaban a cabo inteligentes funcionarios coloniales con demasiado tiempo entre las manos, en una edad que no conocía la radio y la televisión; y estaban pensados principalmente para utilidad de los gobernantes coloniales, no para las poblaciones estudiadas. Incluso después de la independencia, estos otros estudios sobre el folclore han llevado una existencia marginal, mientras que en la Filipinas poscolonial han tenido mayor influencia. ¿A qué se debe esto?

Una respuesta es que en las otras colonias sobrevivió un sustancial registro escrito de las épocas precoloniales —crónicas reales, cosmologías budistas, inscripciones monásticas, tratados sufíes, escritos de los tribunales— y fue esto, no el folclore, lo que proporcionó una fuente de autenticidad aborigen y gloriosa cuando comenzaron los movimientos nacionalistas. Las remotas Filipinas nunca habían dispuesto de Estados poderosos, centralizados e ilustrados, y el Islam o el budismo las habían alcanzado tan poco que fueron cristianizadas con muy poca violencia o revuelta. Visto desde este ángulo, el folclore sustituyó a la grandeza antigua.

Otra respuesta, al menos tan buena, reside en la naturaleza del imperialismo ibérico del siglo XIX. España y Portugal, antes grandes centros imperiales de Europa, estaban en declive desde mediados del siglo XVII. Con la pérdida de América Latina, el imperio español se había reducido drásticamente a Cuba, Río de Oro y Filipinas. A lo largo del siglo XIX España había sido rasgada por los conflictos internos más violentos mientras luchaba por realizar la transición desde el pasado feudal a la modernidad industrial. A los ojos de muchos de sus propios habitantes la propia España era «atrasada», supersticiosa, apenas industrializada; y dicha idea estaba muy extendida, no sólo en Europa, sino también entre los jóvenes intelectuales de las residuales colonias españolas. (Ésta es la razón por la que Isabelo estaba orgulloso de que sus obras se publicasen en Alemania, mientras que sus equivalentes de otras zonas deseaban la publicación en la metrópolis.) El estandarte del progreso era así la bandera de una Ilustración que apenas había comenzado a conquistar España. Isabelo se consideraba un ilustrado, nieto de Denis Diderot; y, por tanto, sentía que compartía una lucha común con un buen número de españoles de la península. En la Filipinas colonial, la idea de la Ilustración (tan regularmente denunciada hoy por muchos especialistas como originaria de las antiguas colonias británicas) se experimentaba como un proyecto de emancipación humana que vinculaba fuerzas de la metrópoli y de la colonia. Resultaba bastante normal, por tanto, que el joven Isabelo dedicase su obra a los colegas de España.

Al mismo tiempo, las «atrasadas Filipinas» eran la única colonia en el sureste asiático del siglo XIX que disponía de una verdadera universidad, aunque ésta estuviese dominada por la orden de los Dominicos. En esta universidad obtuvieron su licenciatura Isabelo y muchos de sus compañeros nacionalistas; aquí,

finalmente, está la razón de que Filipinas se convirtiese, a finales de siglo, en el ámbito de la primera revolución nacionalista de toda Asia.

3

La Ilustración llegó a Filipinas a través del idioma de la «atrasada» España, y sus principales agentes, en el completo sentido de la palabra, fueron, por tanto, necesariamente (al menos) bilingües. (Muchos de los pertenecientes a la primera generación de intelectuales aprendieron también latín en Manila y, si viajaban al extranjero, aprendían algo de francés, inglés y alemán.) En ningún lugar se detecta una aversión o desconfianza pronunciadas hacia esta lengua romance tan fuertemente marcada por el árabe, que fue vehículo común tanto de la reacción como de la Ilustración; el por qué esto ha sido así plantea una cuestión muy interesante. Una razón es ciertamente que, en completo contraste con casi toda América Latina, el español nunca llegó a ser un idioma «mayoritario» en Filipinas. Docenas de lenguas principalmente locales florecían entonces como de hecho florecen ahora; nada en los escritos de Isabelo sugiere que considerase el español como una profunda amenaza contra el ilocano o su futura supervivencia. Es más, el español le parecía, no sólo el vehículo lingüístico para hablar con España, sino también, a través de España, con todos los centros de modernidad, ciencia y civilización. Era un «idioma internacional» más que colonial. Lo que también sostenía este enfoque era el hecho de que las Filipinas no hubiesen tenido una «lengua de poder» previa –rival en potencia del español– basada en el discurso dinástico de un orden político precolonial.

Es llamativo que Isabelo nunca considerase la posibilidad de que, al escribir en español, hubiera traicionado de alguna manera a su *pueblo* o hubiera sido absorbido por una «cultura dominante». Creo que la razón de esta postura inocente en apariencia es que, en la década de 1880, la futura situación de las islas Filipinas era visiblemente inestable, y se vislumbraba en el horizonte algún tipo de emancipación política. La inestabilidad estaba completamente relacionada con circunstancias locales, pero en última instancia se fundaba en la emancipación de América Latina más de medio siglo antes. España fue la única potencia imperial que «perdió» su imperio en el siglo XIX. En ninguna otra parte del mundo tenían los colonizados ejemplos de liberación. Esta es una situación completamente diferente a la del Nuevo Mundo del siglo XX, en la que el español se ha convertido al mismo tiempo en el «eterno» señor mayoritario de todas las lenguas indígenas de América Latina, y en una igualmente «eterna» minoría oprimida en el expansivo/expansionista Estados Unidos. En ninguno de ambos casos hay una emancipación visible en el horizonte.

4

Aun así, como hemos tenido ocasión de indicar más arriba, hay reticencias instructivas en la obra de juventud de Isabelo, marcada por los incómodos deslices pronominales entre «yo» y «ellos», «nosotros» y «vosotros». Siempre pensaba en dos públicos, incluso cuando escribía para uno y medio. «El peor de los hombres es el desdichado que no está dotado de ese noble y sagrado sentimiento que llaman patriotismo», escribió. El español no era para él un idioma nacional, sino meramente internacional. ¿Pero había un idioma nacional a partir del cual pudiese mostrar su oposición? No exactamente. ¿Había una *patria* bien definida a la que éste estuviese unido? ¿Una hipotética tierra ilocana? Nunca habló así de ella.

Además, estaban también esos aetas e igorotos que eran sus *bermanos*. Estaban también los tagalos, quienes, según le habían demostrado sus investigaciones, no eran una «raza diferente» de los ilocanos; pero él sabía, como su descubridor, que por el momento tagalos e ilocanos no eran conscientes de esa verdad científica. Fue este estado de fluidez el que le condujo de nuevo, a los veintitrés años, a la cultura oscuramente limitada en la que creció y que sentía que había superado en parte. El saber popular ilocano, o cultura, aparecía ante este joven patriota como algo auténtico, que había que mostrar al mundo entero, así como algo que debía ser corregido, por supuesto, por los propios ilocanos. Su lengua materna, el ilocano, se convirtió, por tanto, en algo que había que traducir, aunque también era parcialmente intraducible. Y en algunos aspectos incluso se deslizó silenciosamente más allá del horizonte soleado del propio joven bilingüe ilustrado.